

# Mía para siempre

La Romántica

## Biografía

Kathryn Smith decidió ser escritora de novelas románticas a los diez años. Su primera novela, *Pasión esquiva*, fue publicada por Avon Romance en 2001. Desde entonces ha escrito más de una docena de libros, y ha combinado estilos en obras románticas con un toque paranormal. Se ha convertido en una habitual de las listas de autoras más vendidas del periódico *USA Today*. Además de la citada *Pasión esquiva*, Booket también ha publicado *Por primera vez*, *Una proposición seductora*, *Un juego escandaloso*, *Caer en la tentación*, *De nuevo en tus brazos*, *En la oscuridad* y *Aún te llevo en el corazón*, y durante 2010 va a publicar los siguientes títulos de la saga *Hermandad de la sangre*: *Mía para siempre*, *Amor inmortal*, *Pasión eterna* y *De aquí a la eternidad*.

Más información en: [www.kathryn-smith.com](http://www.kathryn-smith.com)



**Kathryn Smith**  
Mía para siempre  
*Hermanidad de la sangre I*

Traducción de Anna Turró



Esencia / Planeta



El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro, está calificado como **papel ecológico** y ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.  
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Be mine tonight*

© Kathryn Smith, 2006

Publicado por acuerdo con Avon, un sello de HarperCollins Publishers

© por la traducción, Anna Turró, 2008

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Avinguda Diagonal, 662, 6.<sup>a</sup> planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,

División Editorial del Grupo Planeta

Diseño de la cubierta: Departamento de Diseño / División Editorial del Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Jonathan Barkat

Fotografía de la autora: © Brenda Ladd

Primera edición en Colección Booket: enero de 2010

Depósito legal: B. 44.451-2009

ISBN: 978-84-08-09036-6

Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



*Para Luisa, quien adora a los vampiros  
y a todas las criaturas de la noche.  
Ellos también te adoran*





# Agradecimientos



Como siempre, este libro no hubiera sido posible sin la ayuda de las siguientes personas a las que quiero darles las gracias:

Kara, no sólo por resolver mis dudas sobre el cáncer, sino por todo el bien que haces a diario ayudando a quienes padecen esta enfermedad. Chica, eres fantástica.

Nancy y Kelly, por haberme dado esta oportunidad y haberme obligado a seguir adelante.

Erika, por haberme ayudado a que este libro se haya hecho realidad.


Y a Steve, por todo su apoyo, sus ideas, masajes y paseos que han logrado que este libro fuera escrito. Cariño, eres el auténtico compañero de mi vida.

Mi adoración y gratitud para todos vosotros.

Gracias.

KATHRYN





# Prólogo



*Viernes, 13 de octubre de 1307*

Era evidente que aquella puerta no estaba destinada a ser abierta.

Severian de Foncé acarició la pesada madera con su mano sucia y herida hasta detenerse en el candado de acero.

—Si necesita de tanta protección, seguro que el tesoro que esconde es magnífico.

Esa idea lo llenó de multitud de emociones, intensas y terribles a la vez. ¿Qué escondían los templarios detrás de aquella puerta? ¿Los tesoros de la Iglesia, tal como aseguraba el rey Felipe, o instrumentos del diablo? Había muchos rumores acerca de los templarios, algunos los describían como hombres santos, otros como los más horribles herejes. ¿Cuál era la verdad?

Adrian du Lac, uno de sus cinco compañeros, le puso una mano igual de sucia y llena de cicatrices en el hombro. Con la otra sujetaba una antorcha para iluminar el camino.

—Apártate, amigo mío.

Mientras su amigo examinaba el candado, Severian le cogió la antorcha, se apartó y se acercó a los demás, todos estaban en tan mal estado como él y Adrian.

El rey Felipe les había encargado descubrir los secretos de los caballeros templarios y «recuperar» los tesoros que encontrarán. Si detrás de aquella puerta había un tesoro, el rey lo quería. Y ellos seis también querían su parte. Pero si lo que se escondía allí era el demonio, también iban a tener que compartirlo. Todos lo sabían, incluso el hombre que les había encomendado la misión.





Por eso estaban allí, arriesgando sus vidas, porque al rey se le había antojado. Felipe los había escogido porque todos tenían cierta reputación entre los soldados y los mercenarios; nunca retrocedían ante nada y siempre cumplían sus promesas; por un precio, claro está. En esa ocasión el trato era que obtendrían una parte de todos los tesoros de los templarios que consiguieran recuperar para el rey.

Ganarse la vida de ese modo era peligroso, pero luchar era lo único que sabían hacer, y su honor no estaba en las misiones que aceptaban, sino en que siempre las completaban. Ellos eran por encima de todo guerreros, pero no podían oponerse a su rey. Si lo hicieran sería como rechazar a su propio país, su hogar, por el que habían luchado toda su vida.

Cuando le hubieran entregado ese tesoro a Felipe, Severian sería lo bastante rico como para retirarse y hacerse cargo de las tierras de su padre. Se casaría con Marie y abandonaría la espada. Tendría la vida que siempre había deseado y a la mujer que siempre había querido.

Habían encontrado la puerta escondida bajo los muros de piedra del refugio templario, tras una vieja escalera, oculta en la oscuridad. Habían dado con ella por casualidad, gracias a la curiosidad de Dreux por un montón de pergaminos.

—¿Y? —preguntó Severian, que había vuelto a concentrarse en lo que estaban haciendo—. ¿Lo puedes abrir?

Severian y los demás observaron cómo Adrian sacaba un pequeño atado de piel de su bota. De él, extrajo una herramienta, indistinguible a la poca luz que ofrecía la antorcha, y la introdujo en el cerrojo sonriendo satisfecho.

—Aún no se ha fabricado ningún candado que se me resista.

Esas palabras se demostraron ciertas cuando de golpe se abrió el cerrojo. Adrian, que se mostraba muy ufano, se enderezó y retiró el candado. El crujido de la madera les dio la bienvenida a la





oscuridad cuando la puerta se abrió. Parecía casi un anticlímax, después de los guardias con los que habían luchado, los laberintos de escaleras que habían atravesado, las habitaciones secretas y pasillos por los que se habían perdido hasta llegar allí. Sin los planos que les había dibujado un informante de los templarios, después de que los hombres de Felipe lo torturasen, ellos solos no habrían encontrado aquella habitación.

Era evidente que alguien quería que, fuera lo que fuese lo que se ocultaba tras aquella puerta, siguiera oculto.

—Unas medidas como éstas se toman para proteger algo muy valioso o muy peligroso —dijo Severian a sus amigos—. Tratándose de los templarios, lo mismo puede ser una cosa que la otra. Id con cuidado. —Todos desenvainaron sus espadas a la vez.

Severian entró el primero, la antorcha que llevaba en la mano iluminaba la pequeña habitación con un halo de luz. Se dio la vuelta despacio para observarla; era una celda modesta, vacía, a excepción de la mesa de madera que había en el centro.

Sobre ésta había algo.

Frunció el cejo y se acercó, sus amigos iban tras él. Caminó hacia la mesa y volvió a envainar la espada. La llama de la antorcha se reflejaba tenuemente en un viejo cáliz de plata.

—*Mon Dieu* —susurró alguien detrás de Severian—. ¿Es eso lo que creo que es?

Él no contestó. Los dedos le temblaron al acariciarse la mandíbula. Todos habían oído las leyendas, historias sobre las riquezas de los templarios. Se decía que poseían asimismo varias reliquias sagradas, incluso algunos objetos que habían pertenecido al mismo Jesucristo.

Sólo de pensar en lo que quizá habían encontrado, Severian tenía ganas de santiguarse y arrodillarse en aquel suelo cubierto de polvo. Pero aun así no lo hizo.





—El Santo Grial —susurró Dreux y lo miró maravillado.

El Santo Grial.

Severian estudió con cuidado la tosca copa, la plata estaba estropeada por los años y por la dejadez. Si de verdad era el Grial de Cristo, ¿por qué lo habían abandonado en aquella oscura y húmeda habitación? Si aquélla era la copa de la que Jesucristo había bebido en la Última Cena, ¿por qué nadie la quería?, ¿por qué parecía tan abandonada? No tenía sentido, pero en su corazón tenía la sensación de que habían encontrado algo especial.

Era como si la copa lo llamara, como si sus descoloridos adornos pronunciaran su nombre. Severian se acercó a ella, las manos aún le temblaban indecisas.

—Cuidado —dijo Dreux—. Tal vez sea el Grial Maldito.

Uno de sus compañeros se burló en voz baja, pero la advertencia de Dreux fue suficiente para que Severian se detuviera un instante. Al igual que todos sabían del Santo Grial, también habían oído hablar del Grial Maldito. Se decía que había sido forjado con las monedas de plata cobradas por Judas Iscariote; una plata a la que mucho antes se le había infundido la esencia de Lilith, la primera mujer de Adán y reina de los demonios.

Pero eso era sólo un cuento. ¿O no? En los últimos tres siglos no había ningún texto en que se hablara de esa copa. De hecho, se había convertido en un mito.

Tal vez eso era exactamente lo que pretendían los templarios.

El negro cáliz lo atraía como el canto de una sirena. Los dedos de Severian acariciaron la plata esperando sentirla fría. Sin embargo, era cálida como la piel de una mujer. Cuando rodearon la copa, sus dedos dejaron de temblar. Ahora que la tenía en la mano le parecía imposible que contuviera ningún tipo de maldad.

Un terrible silbido fue lo único que lo advirtió antes de que unas afiladas dagas salieran disparadas del interior de la mesa. Una





le atravesó el brazo, y vio una ensangrentada hoja que sobresalía de la parte interior de su muñeca. El grito de dolor llenó la habitación. Sus amigos dieron un paso atrás. Severian levantó el brazo herido, no dejaba de gemir y de maldecir a medida que el dolor invadía su mano y se arrancaba la daga. Tenía la frente empapada de sudor, pero luchó contra el mareo. Ya había sido atravesado antes, de hecho había sufrido heridas peores. Aquella era una minucia comparada con las anteriores.

Se arrancó un trozo de tela de su sucia camisa y se vendó la muñeca, apretó con fuerza para detener el flujo de la sangre.

¡Dios, debería haber desconfiado! Sus instintos solían estar más afinados. ¿Acaso no había pensado unos segundos antes que todo era demasiado fácil? Debería haberse dado cuenta de que los templarios no iban a dejar aquel tesoro indefenso.

Severian se acercó de nuevo a la mesa con la mano aún sangrando. No estaba dispuesto a que le hirieran sin llevarse nada a cambio. Intentó coger la copa, pero se le escurrió entre los dedos, no podía moverlos. Al atravesarle la muñeca, la hoja debió de cortarle algo por dentro. Tuvo que soltar la espada e intentarlo con la otra mano. Cogió el cáliz por la copa y lo devolvió a su lugar con rapidez; ahora ya sabía que podía haber más trampas.

Sus amigos lo rodearon con las miradas fijas en la celda, esperando otro ataque. Pero no pasó nada. Al menos, nada de lo que sus compañeros pudieran defenderle.

Un fuerte mareo le sobrevino de repente y le atravesó el pecho como una lanza; las rodillas le temblaron y el estómago le dio un vuelco. ¿Qué demonios le estaba pasando? Aquello no podía ser por culpa de la pérdida de sangre. No había perdido tanta.

Sintió arcadas y la frente y el labio superior empezaron a sudarle profusamente. La cabeza le daba vueltas y el frío se instaló en todo su cuerpo.





Sí, debería haber sido más cauto. Podía recuperarse de una herida, pero de aquella no iba a salir con vida.

—Dreux, dile a Marie que la quiero.

Al oír su voz, sus amigos se dieron la vuelta justo a tiempo de ver cómo caía de rodillas con el cáliz aún entre sus débiles dedos.

Dreux se arrodilló a su lado.

—*Mon ami*, ¿qué pasa?

—Veneno. —Apretó los dientes para intentar controlar el temblor. Sus músculos se estaban tensando obligándolo a encogerse.

Se estaba muriendo. Por culpa de un rey al que le alegraría saber que eran uno menos a repartir. Por culpa de un tesoro que nunca iba a disfrutar. Muriendo sin poder ver por última vez a la mujer que amaba.

Severian miró la copa, que seguía cálida al tacto y que aún no se había escurrido de entre sus laxos dedos. Era como si el cáliz se agarrara a él con la misma fuerza con que él quería retenerlo. Con los ojos fijos en la oscura copa, sintió que se le nublabla la vista. ¿Podía ser que la plata resplandeciera? Seguro que el veneno estaba jugando ya con su mente y le hacía imaginar cosas. Era sin duda el veneno lo que hacía que pareciera que la copa estaba llena de vino negro hasta el borde. Se quedó sin aliento. Era un milagro.

Por encima del zumbido que ensordecía sus oídos pudo oír las excitadas voces de sus amigos. ¿Era posible que la fantástica transformación del cáliz no fuera sólo fruto de su imaginación? ¿Podía ser que estuviera sujetando el Cáliz de Cristo entre sus manos? ¿Un cáliz capaz de sanar la herida de su muñeca y ofrecerle la inmortalidad?

Antes de que supiera lo que estaba haciendo, ya tenía la copa delante de los labios.

—Bebe, Sev. —La voz de Dreux sonó por encima de las demás. Agarrándose a la poca determinación y al poco valor que le





quedaba, Severian apretó con fuerza la copa en la mano, se la acercó a los labios y bebió. Una dulzura sin igual le acarició la lengua. No era vino, pero ¿qué era? Algo cálido, terrenal. Un poco salado al deslizarse por su garganta. Bebió con ansia.

*Sangre.* Al darse cuenta sintió náuseas. Estaba bebiendo sangre.

Se echó hacia atrás derramando lo que quedaba por el suelo y sobre sí mismo. Una cálida humedad le resbalaba por la barbilla y caía encima de su brazo herido. Dios santo, ¿qué había hecho?

Rezó por su alma, pero entonces sintió cómo el veneno empezaba a desvanecerse. De algún modo, su mente se fue esclareciendo poco a poco y el dolor desapareció de todo su cuerpo.

Con torpeza, aflojó la sucia venda de la muñeca y limpió la sangre de la herida. Levantó el brazo dañado hacia la luz de la antorcha, y Severian y sus amigos observaron estupefactos cómo las heridas empezaban a cerrarse. Su mente no le estaba jugando una mala pasada, podía sentir cómo los músculos volvían a unirse en su interior. La incisión se estaba cerrando justo por donde le había caído la sangre del cáliz.

No. No podía ser. Tenía que tratarse de algún truco.

—Amigo mío —Dreux le dio un golpe en la espalda y, con su cara infantil, lo miró preocupado—, ¿te encuentras bien?

—Sangre —consiguió responder Severian con una voz ronca que incluso a él le sonó distante—. El Grial. —Dreux abrió los ojos sorprendido, sin dar crédito a lo que oía—. La sangre de Cristo.

Fue Dreux quien recogió la copa del suelo. Severian, a través de unos ojos cada vez más vidriosos, vio cómo su amigo se lleva el cáliz a los labios. Quiso decirle que no, pero no logró formar las palabras. La niebla se apoderó de su mente y le robó el habla y la visión. Se desplomó sobre aquel suelo cubierto de polvo y apenas fue consciente de que el brazo ya no le dolía. Entonces lo envolvió la oscuridad.





*Tintagel, Cornualles, 1899*

—¿Has convencido a papá de que compre una parcela de tierra sólo porque crees que el Santo Grial está enterrado allí?

Prudence Ryland sabía que su hermana no lo entendería.

—Sí.

Bajo el ala del sombrero de montar, las bellas facciones de Caroline mostraron preocupación.

—Cariño, ¿no crees que te agarras a un clavo ardiendo?

Tal vez Caroline lo entendía mejor de lo que Pru había creído.

Cegada por la luz del sol —el estúpido sombrerito que llevaba no le llegaba a cubrir los ojos—, Pru apretó la mandíbula.

—Quizá.

Regresaban del pueblo cabalgando, Caroline montaba una yegua gris, Pru un potro más joven. Los hombres habían salido a cazar y sus otras hermanas estaban ocupadas cosiendo, así que Caroline y Pru tuvieron que buscar el modo de pasar el día; algo que les permitiera hacer ejercicio y disfrutar del aire libre. Cualquier otra opción habría hecho que Pru volviera a encerrarse en sus pensamientos, y eso era algo que esos días evitaba a toda costa.

La tarde era cálida, demasiado como para llevar aquel traje de montar de terciopelo, a pesar de lo bonito que era ese conjunto verde oscuro. Pero Caro quería salir a cabalgar por última vez antes de que su embarazo se lo impidiera. Pru notaba cómo el su-



dor le corría por debajo del corsé y empezó a sentir picores. Si rascarse le diese algún alivio, lo haría. Pero en vez de eso, apretó la mandíbula con fuerza y puso su caballo al trote.

Su hermana seguía sin decir nada; muy típico de ella. Caroline sabía que ella no podía soportar esas pausas tan incómodas, y que siempre sentía la necesidad de llenar esos silencios.

—Si el Grial está allí, habrá valido la pena, ¿no crees? —Pru no se refería sólo a lo que ella obtendría, sino a lo que significaría para el mundo entero.

—Sólo si uno cree en la leyenda. —Caroline negó con la cabeza y el sol brilló en sus cobrizos cabellos—. En serio, Pru. ¡El Grial es tan real como el arca de Noé! ¿No crees que si de verdad existiera, a estas alturas alguien ya lo habría encontrado?

Sí. *No.*

—Tal vez no lo han buscado en el lugar adecuado. —Tal vez era cierto que se estaba agarrando a un clavo ardiendo, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Los ojos verdes de Caroline brillaron de inquietud.

—Estoy preocupada por ti.

No se refería sólo a su búsqueda del Grial. Pru apartó la mirada. Por supuesto que su hermana estaba preocupada. Toda su familia lo estaba. Y así seguirían hasta que... hasta que ella ya no estuviera allí para causarles preocupación.

Forzó una sonrisa.

—Estoy bien, Caro.

Su hermana retrocedió como si le hubiera escupido.

—¡No estás bien! Te estás... —Se calló y se atragantó con las palabras. Oh no, ¿iba a echarse a llorar? Pobre Caroline, ella era la más emotiva de todas, la que tenía mejor carácter y la más sentimental. Su pelo y sus ojos eran tan resplandecientes como su espíritu, mientras que el pelo castaño de Pru y sus ojos color ave-





llana se iban oscureciendo, ensombreciendo. Caro lloraba con facilidad, y el corazón de Pru se rompía todas las malditas veces.

Pru dejó de sonreír y se acercó a ella, aun a riesgo de caer del caballo, para acariciarle el brazo.

—Estoy bien, Caro. No importa lo que pase, estaré bien. —Ella así lo creía, pero eso no significaba que la realidad fuera más fácil de aceptar.

Caroline asintió e intentó reprimir sus lágrimas. Prudence volvió a erguirse, y las dos retomaron el camino hacia la mansión de su padre. Pru y Caroline hablaron de tonterías durante el resto de la cabalgata, principalmente de libros que las dos habían leído y de la nueva máquina de escribir que Walter, el marido de Caroline, le había comprado. De todos modos, la conversación anterior seguía planeando sobre ellas.

En el comienzo del camino a las caballerizas había un pequeño grupo de hombres. Eso no era nada raro. Thomas Ryland era un hombre muy sociable y a menudo solía ir a visitar a sus amigos, o ellos lo visitaban a él; y con su familia en casa durante un mes o más, otros caballeros de la zona solían acompañarlos en sus salidas. Por el tamaño del grupo y por el hecho de que todos estaban alrededor de un objeto en concreto, era obvio que el motivo de la visita era mucho más que un mero acto social.

Su padre iba a darles una vuelta en su automóvil, un coche de motor hecho por la fábrica Daimler. Era evidente que aquellos caballeros estaban allí para ver una demostración de las habilidades de aquel carruaje motorizado. La misma Prudence sabía la velocidad que era capaz de alcanzar el coche de carreras de Daimler, casi setenta y cinco kilómetros por hora. Lo sabía porque su padre se lo había dicho, no porque ella hubiera experimentado esa emoción. Su padre nunca iba rápido cuando ella lo acompañaba en el vehículo.





Desde su visita a la exposición de Richmond, a principios de verano, Thomas Ryland había estado obsesionado con ese nuevo medio de transporte, y era una de las pocas personas de la zona que había adquirido un modelo. Georgiana, otra hermana de Pru, creía que era peligroso que un hombre de la edad de su padre tuviera tal pasatiempo, pero a Pru le entusiasmaba esa llamativa máquina, con su exterior rojo y sus asientos de piel negra. Su padre no la dejaba conducirlo; decía que temía por su seguridad.

¡Uf! Su padre la protegía en exceso, pero era imposible que ella fuera peor conductora que él. Tenía que hablarle seriamente, se negaba a pasar lo que le quedaba de vida entre algodones.

Hubo un tiempo en que Thomas Ryland habría satisfecho el deseo de su hija pequeña y la habría dejado conducir el Daimler. Un tiempo en el que sólo se habría preocupado por el coche, no por Prudence.

Los lacayos, que las vieron acercarse, las esperaban ya en la entrada. Pru y Caroline desmontaron y se acercaron a saludar a su padre y a los invitados. Ryland observó a Pru de la cabeza a los pies, y escudriñó su rostro en busca del menor signo de fatiga o dolor. «El bueno de papá, siempre tan protector», pensó Pru, luego le sonrió y les dio a él y a sus acompañantes los buenos días.

A continuación se quitó los guantes y entró en la casa, donde se estaba más fresco. Le encantaba aquella casa. Era luminosa, pero no demasiado, y de noche se llenaba de las sombras más sugerentes. De pequeña, mientras sus hermanas se sentían llenas de miedo, ella disfrutaba escondiéndose en los recovecos y grutas que allí había. Su madre se había pasado horas buscándola. Al parecer, nadie entendía que no quería que la encontrarán.

Qué raro, de pequeña no temía a la oscuridad y en cambio ahora la aterrorizaba. Tal vez fuera porque un niño nunca piensa que la oscuridad puede durar para siempre.





Tiró de una de las agujas de su moño y por fin pudo deshacerse del sombrero que le cubría la cabeza.

—¿Té, Caro?

Su hermana soltó aquella pequeña carcajada que siempre conseguía dibujar una sonrisa en los labios de Pru.

—Por supuesto. ¿Por qué me haces siempre esa pregunta tan tonta?

Atravesaron el salón de mármol italiano, con sus tacones resonando en el pulido suelo de baldosas color melocotón, y Pru sonriendo de oreja a oreja.

—Porque tal vez algún día me dirás que no.

—¿A una taza de té? Nunca.

Mientras caminaban, Pru iba absorbiendo en su interior la esencia de Rosecourt. Flores recién cortadas, limón y especias. Esos olores la habían rodeado toda la vida; y la reconfortaban cuando todo lo demás fallaba.

El padre de Pru, por el hecho de pertenecer a una de las familias más ricas de Inglaterra, había heredado una gran fortuna, pero la mansión de Rosecourt había sido en cambio un obsequio de uno de los amigos del abuelo de Thomas. Al parecer, el último conde de Carnover sentía una especial debilidad por el nieto pequeño de Devlin Ryland y le cedió la finca como regalo de bodas. Como los padres de Pru habían tenido cuatro hijas, la casa la heredaría el primer varón que naciera de una de ellas. Pero Pru no tenía que preocuparse de eso.

Caroline y ella entraron juntas en el salón. Las pesadas cortinas rosadas estaban recogidas y quedaban corridos únicamente los delicados visillos color crema que permitían que la luz entrara en la habitación a la vez que protegían los muebles de los rayos del sol. Las paredes y la alfombra eran también de color crema, y contrastaban con el estampado Lodden que tapizaba las sillas y los sofás.





Los dibujos de William Morris, con sus azules, rojos, verdes, rosa y dorados, aportaban a la habitación un toque atrevido.

—¿Qué te parece Grey? —preguntó Caroline al sentarse en una de las sillas.

—¿Marcus? —Pru frunció el cejo e hizo sonar la campanilla para ordenar el té. En algún punto de la conversación se había perdido—. ¿Qué pasa con él?

Caroline se encogió de hombros y se quitó los guantes a la vez que jugaba con ellos.

—Parece un caballero muy amable.

—Lo es.

Marcus consiguió resucitar la excitación que ella siempre había sentido por el Grial. Aportó nuevos datos y casos documentados, no sólo ideas ni teorías. Convenció a todos los asistentes a la conferencia de que el Grial realmente existía, y a Pru le dio algo más: esperanzas. Fue entonces cuando eso que había sido sólo una fascinación por un pedazo de historia se convirtió para ella en una obsesión.

Al finalizar la conferencia, Prudence se acercó a él. Hablaron sobre Arturo, el Grial y Tintagel, y cuando Pru mencionó las ruinas que había cerca de la finca de su padre, unas en las que ella y sus hermanas solían jugar de pequeñas, Marcus Grey empezó a prestar mucha atención; en especial después de que ella le dijera que, antes de que uno de los túneles se derrumbara, habían encontrado unos artefactos que parecían ser de siglos pasados. Durante los días siguientes, si Pru no estaba acompañada de los caballeros a los que su padre había pedido que la custodiaran, estaba con Marcus, y al final de aquella semana, ambos estaban convencidos de que debían investigar más las ruinas.

Así que, como era habitual en Pru, se entregó al proyecto en





cuerpo y alma. No tuvo que insistir demasiado para que su padre comprara aquel solar. Él siempre la complacía y tal vez una pequeña parte de él compartía su mismo entusiasmo.

Pru también se había dedicado a Marcus con especial interés; confundió la amistad con algo más. Por suerte, él fue un caballero y no se aprovechó del beso que ella le dio. Durante mucho tiempo, Pru se preguntó si su delicado estado de salud había sido la causa de que él la rechazara, pero ahora sabía perfectamente por qué lo había hecho. Ellos encajaban a la perfección como amigos, pero nada más. Marcus era como el hermano que nunca había tenido. Gracias a Dios que él se había dado cuenta antes que ella y se había comportado como tal.

Marcus también se ocupó del «problema católico» mucho mejor de lo que Pru lo habría hecho. Él, al igual que Pru, no quería a extraños merodeando cerca de su proyecto pero creía que era mejor cooperar y ser amable. Al parecer, lo único que quería la Iglesia era tener acceso a cualquier cosa que encontraran en aquellas ruinas, y, si de verdad el Santo Grial era tan poderoso e importante, mejor que estuviera en manos de gente que lo protegiera y lo cuidara.

Podían hacer lo que quisieran con el Grial una vez Pru hubiera podido utilizarlo. Un sorbo, eso era todo lo que pedía, y luego podían llevárselo y encerrarlo bajo llave.

De todos modos, a ambos les intrigaba saber cómo se había enterado el Vaticano de su proyecto. Ella no se había dedicado a hacer propaganda de que buscaba el cáliz para ver si así se curaba de su enfermedad y podía alcanzar la vida eterna.

—¿Y?

Pru volvió a mirar a su hermana.

—¿Qué?

Caroline giró su muñeca dibujando unos círculos con la mano.





—¿Te gusta o no? —Dejó que Pru dedujera por sí misma a quién se refería.

Pru levantó las manos y se sentó en el sofá.

—No. No en el sentido al que tú te refieres. —Podía afirmar eso sin sentirse culpable, pues era completamente cierto.

Caroline abrió la boca para decir algo, pero un golpecito en la puerta se lo impidió. Era la doncella que traía el té, y tras ella estaba el hombre del que estaban hablando, Marcus Grey.

A sus veintiocho años, Marcus era una mezcla muy atractiva de poeta, estudioso y aventurero. Era alto y estaba muy en forma; de hombros anchos, cintura estrecha y piernas muy largas. Su espesa melena negra solía estar despeinada por el viento, y sus mejillas, sonrosadas por el mucho tiempo que pasaba en el exterior. A pesar de los esfuerzos del sol por hacerlo envejecer, lo único que había logrado era que Marcus tuviera siempre un color saludable. Sus impresionantes ojos azules se fijaron en Pru.

—Espero no interrumpir nada.

—Claro que no —contestó Caroline con una encantadora sonrisa en los labios—. Siéntese, señor Grey. Tome el té con nosotras.

Marcus, que no necesitaba que le insistiera, se sentó en el otro extremo del sofá, al lado de Pru, y se relajó de un modo en que sólo lo haría un hombre que no estuviera interesado para nada en ella como mujer. La vanidad de Pru podría haberse sentido ofendida, pero ¿por qué molestarse?

—¿Qué has hecho hoy, Marcus? —preguntó Pru mientras le servía una taza de té. Lo tomaba con un poco de leche y mucho azúcar.

—Tu padre me ha llevado a las ruinas de la pequeña capilla de la finca. Me ha dado permiso para explorarla a mis anchas. —Una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro—. Así que lo he hecho.





Pru le devolvió la sonrisa. Era muy difícil no contagiarse de la alegría de Marcus. Caroline estaba completamente embelesada.

—Creía que habíamos acordado que no irías a explorar sin mí —le riñó ella medio en broma—. ¿Has encontrado algo interesante?

Marcus se encogió de hombros.

—Un par de gafas viejas y una bota, pero no he venido a verte por eso.

—¿Ha ocurrido algo? —El estómago le dio un vuelco—. ¿Algo relacionado con el Grial?

Marcus le enseñó una carta ya abierta.

—He vuelto a tener noticias de nuestro amigo francés.

¿Amigo? ¿Era así como veía él a LaFavre, el pequeño y arrogante cura que se había puesto en contacto con ellos? Pru dejó la cucharilla en el plato e intentó controlar sus nervios.

—¿Qué quiere esta vez?

Marcus dio un sorbo a su té.

—Me ha escrito para decirme que dos representantes de la Iglesia llegarán dentro de dos o tres días.

—¿Tan pronto? —Eso sí que era interesante—. La Iglesia debe de estar ansiosa por ver lo que hemos descubierto. —Intentó parecer despreocupada, pero la ansiedad volvió a la superficie. Si los católicos estaban tan interesados en su pequeña excavación, ¡debía de ser porque creían que allí había algo! Aunque no le gustaba que la Iglesia se inmiscuyera en sus asuntos, que se interesaran tanto era muy buena señal.

Pru carraspeó e hizo un esfuerzo por mostrar el decoro necesario.

—¿A quién envían?

Marcus dejó su taza vacía y abrió la carta. Su mirada escudriñó el papel hasta encontrar la información que buscaba.





—Al cura Francis Molyneux y a un hombre llamado señor Chapel.

—¿Chapel? —Los labios de Pru dibujaron media sonrisa—. Me pregunto si le toman mucho el pelo con eso; un hombre llamado señor Chapel que trabaja para la Iglesia.

Marcus se rió.

—Tal vez él lo considere como una señal del destino. De cualquier modo, tengo mucho que hacer antes de que lleguen. Seguro que querrán ver todas nuestras notas sobre la excavación.

Pru le sirvió otra taza de té y levantó las cejas inquisitiva.

—Y ¿verán todas nuestras notas sobre la excavación?

—No. —Marcus sonrió.

Ella también lo hizo, y entendió lo que tramaba. Marcus se acabó el té de golpe y se disculpó diciendo que tenía que empezar a separar los papeles que quería que vieran los representantes católicos y los que no.

—No logro entender por qué no le echas los tejos —dijo Caroline, descarada, en cuanto volvieron a quedarse a solas—. Es un hombre encantador.

«Encantador» era el adjetivo perfecto para describir a Marcus.

—No quiero echarle los tejos —explicó Pru mientras se bebía su té—. Y, si lo hiciera, tú sabes perfectamente que no estaría bien.

—¿Por qué? —Caroline empezaba a enfadarse—. ¿Por qué no puedes tener ni siquiera una aventura con él? ¿Qué hay de malo en que busques un poco de felicidad?

Pru frunció el cejo y tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Ya sabes por qué, Caro. —En circunstancias normales, su hermana no se habría atrevido a sugerir tal cosa. Pero claro, Pru no tenía necesidad de preocuparse por su reputación en el futu-



ro. Y mentiría si dijera que en alguna ocasión no se había planteado lo que ahora Caroline le estaba sugiriendo.

Durante un instante, Pru vio reflejado en los ojos de su hermana el dolor que ella misma sentía en su corazón pero la expresión de Caroline se transformó con rapidez en frustración. La taza y el plato de Caroline temblaron antes de que los depositara en la bandeja. Se levantó e irguió la espalda.

—Todos sabemos que vamos a morir algún día, Pru.

—Sí —contestó esforzándose por controlar su tono de voz, pero en realidad sentía unos enormes deseos de gritar. Quería desquitarse y chillar lo injusto que le parecía todo aquello—. Pero la mayoría asume que lo hará de mayor. Mientras que yo puedo que no llegue a ver el año nuevo.

Su hermana la miró de arriba abajo. Seguro que iba a hacer uno de sus dramáticos mutis. Caroline siempre había tenido talento para eso.

—Por eso mismo deberías dejar de actuar como si ya estuvieras muerta. —Y salió de la habitación como una diva, con los ojos llenos de lágrimas.

A Pru se le rompió el corazón al verlas.

Se derrumbó en el sofá y se cubrió la cara con las manos. Caro no lo entendía. Y Pru no sabía cómo hacerle entender que ella sí tenía intención de vivir, pero no del modo en que su hermana esperaba. Iba en busca de un milagro, y ahora lo tenía tan cerca que casi podía saborearlo.

¿Cómo podía lograr que entendieran que vivir le daba mucho más miedo que la propia muerte?